

Juan 1:18 – 23

Continuamos hoy estudiando el capítulo 1 del evangelio según San Juan. Y en nuestro programa anterior, estábamos hablando de las tres declaraciones importantísimas que habíamos visto en el versículo 14 de este evangelio. Y decíamos que la primera declaración, fue: “el Verbo fue hecho carne,” es decir, “el Verbo fue nacido carne.” Dios viene desde la eternidad y se hace carne. La segunda gran declaración es: “el Verbo habitó entre nosotros”. Dijimos que la palabra “habitó” es la palabra griega “Skenos,” que tiene el sentido de acamparse. La palabra Skenos, significa tienda. Y el apóstol Pablo se sirve de esta misma figura en su segunda carta a los Corintios, capítulo 5, versículo 1, donde compara nuestros cuerpos en los cuales vivimos, con pequeñas tiendas o carpas. Y él dice allí: *“Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (II Cor. 5:1).*

Esta pequeña tienda en la cual vivimos, puede ser derrumbada en una noche por un simple vientecito. Puede ser quitada en un instante. Y a causa de que usted y yo, amigo oyente, vivimos en estas pequeñas tiendas, el Dios de la eternidad bajó a esta tierra y se hizo carne y habitó entre nosotros. Esa es la segunda gran declaración en este versículo 14.

Y la tercera declaración es: *“Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.”* La pregunta que dijimos surgía aquí es: ¿No se limitó haciéndose carne? Juan nos responde: ¡espere un momento. Fue lleno de gracia y de verdad! La palabra “lleno,” quiere decir simplemente, que estaba tan lleno, que no podía tener más. Trajo con El toda Su deidad. Cuando vino acá, fue lleno de gracia y lleno de verdad. Luego en los versículos 15 al 17, vimos que todos hemos tomado gracia de la plenitud de Cristo, porque Él fue lleno de gracia y lleno de verdad.

Llegamos ahora a otro versículo que está lleno de declaraciones de grandes verdades. El versículo 18, dice:

Juan 1:18 “... dado a conocer.”

“A Dios nadie le vio jamás.” Esta verdad se halla en todas las Escrituras y Juan la explicará en su evangelio. El Señor Jesucristo le dirá a la mujer samaritana junto al pozo, allá en el capítulo 4, versículo 24 de este evangelio, que *“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24)*. “A Dios nadie le vio jamás.”

Podemos preguntarnos entonces, en cuanto a las apariciones de Dios en el Antiguo Testamento. Dios nunca se reveló en el Antiguo Testamento a los ojos de los hombres. Entonces, ¿qué o a quién vieron? Examinemos algunos de estos relatos. Por ejemplo, Jacob dijo que había visto a Dios. Lo que él vio fue el ángel de Jehová que luchó con él. Esa era una manifestación, pero no vio a Dios porque Dios es Espíritu. “A Dios nadie le vio jamás.”

La siguiente declaración, que tenemos en este versículo 18 es: *“El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre. . .”* Un gran erudito alemán ha traducido estas palabras, a fin de que podamos leerlas, así: “El unigénito Dios.” Y eso sí nos gusta. Está en el seno del Padre, y eso nos dice muchísimo. No vino de la cabeza de Dios para revelar la sabiduría de Dios, ni vino de los pies de Dios para ser siervo de los hombres. ¿Ha notado usted que Jesús no era siervo de los hombres, sino siervo de Dios? El no limpió zapatos. No hizo mandados, ni tampoco hizo lo que el hombre le pidió que hiciera. Él dice allá en el capítulo 6 de este evangelio, versículo 38: *“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38)*. Fue del seno del Padre que vino, no de la cabeza ni del pie. Vino del seno para revelar el corazón de Dios. Él es el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre.

La tercera declaración que encontramos aquí en el versículo 18, de este capítulo 1 del evangelio según San Juan, es: “Él le ha dado a conocer.” La palabra griega aquí es “exegeomai”, que viene de las raíces que significan “revelar” o “desvelar”. Y eso es exactamente lo que Jesucristo hizo. Reveló a Dios. Sacó al descubierto a Dios. ¿Quiere usted saber algo aún más grande que eso? Un viajecito a la luna no es nada, comparado con este hecho. Aquí, viene de la eternidad pasada, el Dios de este universo, el Creador de todo, y se hace carne, revelando a Dios para que los hombres le conozcan. Amigo oyente, la única

manera en que usted puede conocer a Dios, es mediante el Señor Jesucristo. Vino para dar a conocer a Dios porque El mismo es Dios.

Quisiéramos ahora, pasar un poco de tiempo con usted para desarrollar estos pensamientos. Permítanos tomar las declaraciones que aparecen en los primeros dos versículos; las declaraciones del versículo 14, y las declaraciones del versículo 18, y combinarlas en un estudio.

“En el principio era el Verbo” - “Y el Verbo fue hecho carne” - “A Dios nadie le vio jamás”. No podemos ver a Dios porque Dios es Espíritu. Tuvo que hacerse carne. Tuvo que hacerse uno con nosotros, es decir, identificarse con nosotros para que pudiéramos conocerle. No nos fue posible ir a Su reinado, a Su trono, para conocerle a Él. Él tuvo que venir hasta aquí, y encarnar y revelar a Dios adonde nosotros estamos.

Ahora, “El Verbo era con Dios” - “Y habitó entre nosotros” - “El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre”. Ahora, considere esto con nosotros por un momento, amigo oyente. Los ángeles se postraron delante de Él. Era con Dios, igual a Dios. El apóstol Pablo escribió lo siguiente en cuanto a Él, “. . . *El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse.*” Eso significa que no estudió para llegar a ser Dios, ni tuvo que hacer ningún trabajo o esfuerzo para poder lograrlo. No se trataba de un grado o puesto que hubiera conquistado. No trató de ser Dios, porque eternamente ¡Él era Dios! Tampoco cambió Su posición relativa a Dios cuando vino a la tierra. Por ejemplo, no le fue necesario decirle al Padre, cuando vino a esta tierra: “Ahora, vigila a Gabriel. Creo que anhela mi posición. Vigílalo mientras que yo no estoy.” Porque nadie puede tomar Su posición. Él es Dios. Sin embargo, vino a nacer en Belén. Hubo solamente unos pocos pastores que vinieron a verle. Fue a Nazaret y se quedó “escondido” por treinta años, en ese pueblito. El Dios de la eternidad bajó a Nazaret y trabajó en una carpintería. ¿Por qué hizo esto? Lo hizo a fin de que pudiéramos conocer a Dios, amigo oyente. La única manera en que usted jamás pueda conocer a Dios, es conociendo a este, al unigénito Hijo, que está en el seno del Padre. Él es el Único que puede revelarnos a Dios. Ahora, esta declaración: “El Verbo era Dios” - Y, “vimos su gloria, gloria

como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” - Y luego, “. . . él le ha dado a conocer.” Cuando Él estuvo aquí en la tierra, todavía era Dios, lleno de gracia y de verdad, y dio a conocer a Dios. Él es el Único, amigo oyente, que puede revelar a Dios. Es sólo por medio de Jesucristo, que podemos conocer a Dios.

Ahora, todavía no hemos terminado de hablar sobre estas declaraciones. Queremos que usted vea algo más: Permítanos una pregunta: ¿Cómo es que usted divide el universo? El científico que ideó el blindaje que ha protegido todas las cápsulas espaciales durante su re-entrada a la atmósfera, en el programa espacial norteamericano, una autoridad en cuanto al calor, dijo en cierta ocasión: “¿Sabe que este universo está compuesto de solamente tres cosas? Creo que Dios ha dejado Sus huellas dactilares sobre todo. La Trinidad se encuentra en todas partes.” Entonces explicó luego, que el universo se divide en el tiempo, el espacio y la materia. Entonces, seguía explicándome lo que quiso decir. El universo se divide en: el tiempo, el espacio, y la materia.” ¿Puede usted, amigo oyente, pensar en otra cosa? Es muy interesante que el tiempo, el espacio, y la materia abarquen todo lo que hay en este universo, como nosotros lo conocemos. El tiempo puede ser dividido en solamente tres partes: el pasado, el presente y el futuro. ¿Puede usted pensar en otra forma? El espacio, por ejemplo, se puede dividir en: lo largo, lo ancho, y lo alto. ¿Habrá acaso otra dimensión? Y, en la materia tenemos la energía, el movimiento, y el cambio o fenómeno. Esas son las tres divisiones de las tres divisiones. El universo en que vivimos es una seña de la Trinidad.

Hablemos, entonces por unos momentos sobre el Universo. Vamos a mirar la encarnación para ver cómo es que se relaciona a nuestra observación del universo. El versículo 1 de este capítulo 1 de San Juan, dice: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios.” Esto se remonta hasta allá, a la eternidad pasada, y aquí tenemos tanto al tiempo, como al espacio. Luego, el versículo 14, nos dice: “*Y aquel Verbo fue hecho carne.*” Es decir, bajó al espacio físico. El que no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, descendió a la tierra. Vino a Belén, a un pequeño sitio geográfico. Amigo oyente, El, sí que estuvo en “órbita” en el espacio. Nuestro viajecito a la luna no ha de ser ni aun comparado con el hecho de que El vino

desde la gloria del Cielo, y que vino para padecer hasta la muerte, y muerte de cruz. Luego, el versículo 18, nos dice: *“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”* Es decir, fue hecho materia. Se hizo hombre. Se hizo carne para que los hombres pudieran ver y conocer a Dios. Por tanto, vemos aquí el tiempo, el espacio, y la materia; todos involucrados en la encarnación. En realidad, no sería posible seguir y subdividir esto aún más.

Pero pasemos ahora a considerar por unos momentos El Tiempo. Ya declaramos que el tiempo se divide en el pasado, el presente, y el futuro. Vamos a mirarlo. El versículo 1 dice: *“En el principio era el Verbo.”* Eso es pasado. *“Y aquel Verbo fue hecho carne.”* Eso es presente. En nuestros tiempos, en los tiempos del hombre, El vino y se hizo carne. Luego, el versículo 18, nos declara: *“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo. . . él le ha dado a conocer.”* Y eso encierra el futuro. El apóstol Pablo dijo al final de su vida: *“. . . a fin de conocerle, y el poder de su resurrección.”* Jesús le ha dado a conocer, para que en el futuro estemos en Su presencia y veamos lo maravilloso que será cuando le conozcamos.

Consideremos ahora: El Espacio. *“En el principio era el Verbo.”* Eso es lo largo. Se extiende por la eternidad. Lo ancho es: *“Aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros.”* Lo alto es que: *“A Dios nadie le vio jamás; . . . él le ha dado a conocer.”* Vino desde la alturas para poner a Dios a la vista de nosotros.

Y consideremos por último: La Materia. *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios. . . Todas las cosas por El fueron hechas.”* Tenemos aquí la energía. El habló, y este universo surgió. Luego encontramos el movimiento, porque *“El Verbo fue hecho carne.”* Vino desde la gloria del Cielo, y descendió hasta esta tierra. Y luego el fenómeno - el fenómeno más grande en este mundo, amigo oyente, es Jesucristo. Al contemplarle, Él es todas las maravillas del mundo antiguo, y todas las maravillas en nuestros tiempos. Todos los descubrimientos de la ciencia no son nada, comparados con la maravilla de la encarnación. Dios se hizo carne y vino a esta tierra para darnos a conocer a Dios y para redimir a los hombres. Amigo oyente, no se puede encontrar nada que sea más grande que esto.

Y así concluye el prólogo al evangelio según San Juan. ¡Qué pasaje más imponente es este! Aunque su lenguaje es sencillo, ni a usted ni a mi, amigo oyente, nos será posible sondear sus profundidades en esta vida. Ahora, el resto de este primer capítulo, constituye lo que hemos llamado la “introducción al evangelio según San Juan.” Leamos el versículo 19 de este capítulo 1:

Juan 1:19 “... ¿Tú, quién eres?”

Este es el primer incidente en la vida de Juan el Bautista, mencionado por el apóstol Juan en su registro evangélico. No nos da ningún dato sobre el principio de este hombre. Pero, podemos enterarnos de la historia de su nacimiento, leyendo el evangelio según San Lucas. Juan dice aquí, que nos dará el testimonio de Juan el Bautista. Y luego, nos cuenta de ciertos sacerdotes y levitas que salieron para preguntarle quién era. En esta pregunta vemos una tentación sutil, porque le ofreció a Juan una oportunidad para causar buena impresión.

Una de sus respuestas la encontramos en el capítulo 3 de este evangelio, versículo 30, donde él dijo: “Es necesario que El crezca, pero que yo mengüe.” ¡Qué declaración es esta! Es una declaración que todo creyente debe hacer. Pero, aún más importante, es que cada creyente debe vivirla. “*Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.*” Amigo oyente, los dos no pueden ocupar el primer lugar. O Cristo es lo principal en su vida, ocupando el primer lugar, o usted, el yo egoísta, tendrá el primer lugar. Es necesario que El crezca, pero que yo mengüe, o bien será viceversa.

Ahora, en nuestro texto encontramos la respuesta que Juan el Bautista le dio a sus interlocutores. Dice aquí el versículo 20:

Juan 1:20 “... yo no soy el Cristo.”

¿Se fija usted? Ellos diestramente insinuaron que él podría ser el Mesías y que ellos tenían una esperanza mesiánica. Pero, Juan aclaró que él no era el Cristo, no era el Mesías. Estaban buscando al Mesías, pero le preguntaron al hombre que no lo era. Por tanto, si él no era el Cristo, entonces, ¿quién era él? Leamos el versículo 21:

Juan 1:21 "... y respondió: No."

Como usted ve, Juan es breve y positivo. Sus respuestas son breves y se tornan aun más breves, mientras ellos continúan con sus preguntas. Si él no es el Cristo, creen entonces que, bueno, debe ser Elías. Y si no es Elías, creen que tiene que ser aquel profeta. Se refieren a un profeta, como Moisés, que había sido prometido en Deuteronomio, capítulo 18, versículo 15. Y Juan responde enfáticamente: No. Él tampoco es el profeta predicho allá en el libro de Deuteronomio. Leamos entonces los versículos 22 y 23:

Juan 1:22-23 "... el profeta Isaías."

Ellos insisten en que él debe decirles quién es. No pueden volver con un informe que es simplemente un montón de negativas. Por tanto, Juan por fin se identifica. Y note usted que él dice, que es una voz. Es que Cristo era el Verbo. Juan era la voz.

Al escuchar usted, el programa hoy, yo soy simplemente una voz. He tenido la oportunidad y el privilegio de conocer a varios de nuestros radio escuchas, y muchos de ellos me dicen: "Bueno, ahora tengo una cara para juntarle a la voz que escucho por radio." O bien dicen: "Muchas veces me he preguntado ¿cómo será su fisonomía?" Amigo oyente, permítame decirle, que aquí, yo simplemente soy una voz. Y esto era también todo lo que Juan quería decir. Tenía un gran mensaje que dar. Era un mensaje más grande que él. Y francamente, estamos satisfechos de ser simplemente una voz, porque es cierto que el mensaje que tenemos que dar, es más grande que el individuo que lo da. Y eso es, creemos nosotros, una de las bellezas del ministerio radial. La personalidad no se involucra tanto. Es simplemente una voz que Ud. escucha. Y claro que, esa voz, debe declarar la gloria de Cristo.

Bien, amigo oyente, nuestro tiempo se ha agotado y tenemos que detenernos. Continuaremos Dios mediante, en nuestro próximo programa. Hasta entonces, y que Dios continúe bendiciendo su vida en todo instante.